

Boarding home*

Guillermo Rosales

EL SEÑOR CURBELO LLEGÓ A LAS DIEZ. VA DIRECTAMENTE A LA COCINA DONDE lo están esperando Caridad, Josefina, y otra empleada llamada la *Tía*, que, ocasionalmente, se encarga de bañar a los anormales Pepe y René. Conferencian. Desde el portal, veo a Curbelo hablar con energía a sus empleados. Luego da una palmada, y todos se disgregan. De pronto todo es un gran corre-corre. Arsenio va por los cuartos colocando grandes rollos de papel higiénico al pie de las camas. La mulata Caridad manda a Pino, el loco mandadero, a que traiga, urgentemente, de la bodega un pedazo de jamón para el potaje. Josefina, provista de un escobillón, corre por los cuartos quitando las telas de araña del techo y los rincones. La *Tía*, cargada de sábanas y toallas limpias, va con urgencia por los pasillos cambiando la ropa de cama sucia y orinada. El mismo Curbelo, moviéndose con habilidad por la sala, pone sobre el piso sucio y descascarado alfombras nuevas, traídas con premura desde su casa.

— ¡Inspección! —dice la *Tía* al pasar junto a mí—. ¡Hoy viene una inspección del gobierno!

Y se ponen manteles en las mesas, se instala un bebedero de agua fría, se reparte ropa limpia a los casos espeluznantes, como Reyes, Castaño e Hilda. Se echa perfume sobre los muebles viejos y resudados; y se ponen, sobre la mesa del comedor, cubiertos nuevos envueltos en finas servilletas de tela frente a cada silla.

— ¡Viejo zorro! —dice a mi lado Ida, la gran dama venida a menos, mirando con odio cómo Curbelo ordena, arregla, limpia, disfraz.

— Él es lo más repulsivo que hay aquí.

Lo creo. Yo también miro con odio a este viejo fofo, con cara y voz de gran burgués, que se alimenta de la poca sangre que corre por nuestras venas. Yo también pienso que para ser dueño de este boarding home hay que estar hecho de la pasta de las hienas o las auras.

Me pongo de pie. No sé lo que hacer. Lentamente me dirijo hacia mi cuarto en busca del libro de poetas ingleses. Voy a leer otra vez los poemas de John Clare, el poeta loco de Northampton. Al entrar en el pasillo de mi cuarto, encuentro a Reyes, el viejo tuerto, que orina como un perro asustado en

* Capítulo de la novela homónima, Ed. Salvat, Col. «Letras de Oro», Barcelona, 1987.

un rincón. Al pasar junto a él, levanto mi mano y la dejo caer fuertemente sobre su hombro esquelético. Se estremece de pavor.

— Piedad... –dice–. Por piedad...

Lo miro con asco. Su ojo artificial está impregnado de una legaña amarilla. Todo su cuerpo apesta a orín.

— ¿Qué edad tienes? –pregunto.

— Sesenta y cinco años –dice.

— ¿Qué hacías antes en Cuba?

— Era vendedor de ropa, en una tienda.

— ¿Vivías bien?

— Sí.

— ¿De qué modo?

— Tenía mi casa, mi mujer, un auto...

— ¿Qué más?

— Los domingos jugaba al tenis en el Habana Yatch Club. Bailaba. Iba a fiestas.

— ¿Crees en Dios?

— Sí. Creo en nuestro Señor Jesucristo.

— ¿Irás al cielo?

— Creo que sí.

— ¿Te orinarás también allí ?

Calla. Luego me mira con una sonrisa dolorida.

— No lo podría evitar –dice.

Elevo nuevamente el puño y lo dejo caer con fuerza sobre su cabeza sucia y despeinada. Quisiera matarlo.

— Ten piedad, chico –me dice, exagerando su angustia–. Ten piedad de mí.

— ¿Qué canción te gustaba más cuando eras joven?

— *Blue Moon* –responde sin vacilar.

No hablo más. Le doy la espalda y sigo hacia mi cuarto. Llego a mi cama y busco bajo la almohada el libro de poetas románticos ingleses. Me lo echo en el bolsillo. Salgo de nuevo en dirección al portal. Al pasar frente al cuarto de las mujeres, veo a Francis sentada en su cama, dibujando algo en un papel. Me acerco. Deja de dibujar y me mira con una sonrisa triste.

— Porquerías –dice, mostrándome el trabajo.

Lo cojo entre mis manos. Es un retrato del señor Curbelo. Está dibujado en el estilo de los pintores primitivos. Es muy bueno. Y refleja admirablemente la mezquindad y la pequeñez espiritual del personaje. No ha olvidado dibujar el buró, el teléfono y la caja de *Pall Mall* que Curbelo siempre tiene sobre la mesa. Todo es exacto. Y todo tiene vida. Esa vida infantil, cautivadora, que sólo un primitivo puede transmitir en sus dibujos.

— Tengo más –dice, abriendo una carpeta. Los tomo todos. Los hojeo.

— ¡Es admirable! –digo.

Allí están (estamos) todos los habitantes del boarding home. Está Caridad, la mulata cuyo rostro endurecido conserva aún un remoto brillo de bondad. Está Reyes, el tuerto, con su ojo de vidrio y su sonrisa de zorro. Está Eddy, el loco ver-

sado en política internacional, con su eterna expresión de impotencia y rabia contenida. Está Tato, con su cara de boxeador groggui y su mirada extraviada. Y está Arsenio, con sus ojos diabólicos. Y estoy yo con un rostro duro y triste al mismo tiempo. ¡Es admirable! El alma de todos nosotros ha sido captada.

— ¿Sabes que eres una buena pintora?

— No –dice Francis–. Me falta técnica.

— No –le digo–. Tú ya eres una pintora. Tu técnica es primitiva, pero es muy buena.

Toma sus dibujos de mis manos y los vuelve a meter en la carpeta.

— Son porquerías –dice, con una sonrisa triste.

— Oye... –digo, sentándome a su lado–. Te juro que..., escucha bien: déjame decirte esto y créeme, por favor. Eres. Eres una pintora tremenda. Te lo digo yo. Estoy aquí, en este *home* asqueroso, y soy casi un espectro. Pero te digo que yo conozco de pintura. Eres magnífica. ¿Sabes quién fue Rosseau?

— No –dice.

— Pues no te hace falta saberlo –digo–. Tienes una técnica similar. ¿Has pintado al óleo alguna vez?

— No.

— Aprende con óleo –digo–. Dale color a esos dibujos. ¡Oye! –digo, tomándola fuertemente por el cuello–. Tú eres una buena pintora. Bueeeena.

Sonríe. Aprieto un poco más mi mano y los ojos se le llenan de lágrimas. Pero no deja de sonreír. Siento que una ola de deseo me invade de nuevo. La suelto. Voy hasta la puerta del cuarto y la vuelvo a cerrar con pestillo. Llego hasta ella suavemente y comienzo a besarla en los brazos, las axilas, la nuca. Sonríe. La beso largamente en la boca. Otra vez, la tiro a lo largo de la cama y saco mi pene. La penetro lentamente, apartando su diminuto pantaloncillo con los dedos.

— Mátame –dice.

— ¿De verdad quieres que te mate? –pregunto, hundiéndome en ella totalmente.

— Sí, mátame –dice.

Llevo una mano hasta su cuello y vuelvo a apretarlo con fuerza.

— ¡Hija de puta! –digo, ahorcándola y penetrándola a la vez–. Eres una buena pintora. Dibujas bien. Pero tienes que aprender a dar color. A dar coloor.

— ¡Ay! –dice–.

— ¡Muérete! –digo, sintiendo otra vez que me diluyo suavemente entre sus piernas.

Quedamos así un rato, desmadejados. Yo besando su mano fría. Ella jugando con mi pelo. Me pongo de pie. Me arreglo la camisa. Ella se baja el vestido y se sienta al borde de la cama.

— Oye –le digo–. ¿Quieres dar una vuelta conmigo?

— ¿A dónde, mi cielo?

— ¡Por ahí!

— Bueno.

Salimos. Cuando llegamos a la calle, Francis se me encima y me toma por el brazo.

— ¿A dónde vamos? —dice.

— No sé.

Miro a un lado y a otro. Luego señalo vagamente hacia un lugar que llaman *La Pequeña Habana*. Empezamos a caminar. Ésta es, quizás, la zona más pobre del guetto cubano. Aquí vive gran parte de aquellos ciento cincuenta mil que llegaron a las costas de Miami en el último y espectacular éxodo de 1980. No han podido levantar cabeza aún, y puede vérselos a cualquier hora, sentados en las puertas de sus casas, vestidos con shorts, camisetas de colores y gorras de peloteros. Llevan gruesas cadenas de oro al cuello con esfinges de santos, indios y estrellas. Beben cerveza de lata. Arreglan sus autos semide-rruidos y escuchan, durante horas, en sus radios portátiles, estruendosos rocks o exasperantes solos de tambores.

Caminamos. Al llegar a la calle 8, torcemos a la derecha y avanzamos hacia el corazón del guetto. Bodegas, tiendas de ropa, ópticas, barberías, restaurantes, cafés, casas de empeño, mueblerías. Todo pequeño, cuadrado, simple, hecho sin artificios arquitectónicos ni grandes preocupaciones estéticas. Hecho para ganar centavos y poder vivir a duras penas esa vidita pequeño burguesa a la que el cubano promedio aspira.

Avanzamos. Avanzamos. Al llegar ante el portal de una iglesia bautista, grande y gris, nos sentamos al pie de una columna. Por la calle pasa una manifestación de ancianos en dirección al *Down Town*. Protestan por algo que ignoro. Elevan pancartas que dicen: «Basta ya»; y hacen tremolar banderas cubanas y americanas. Alguien viene hasta nosotros y nos da sendos papeles mecanografiados. Leo: «Ha llegado la hora. El grupo ‘Cubanos Vengadores’ se ha formado en Miami. Desde hoy, prepárense los indiferentes, los cortos de espíritu, los comunistas solapados; ésos que disfrutaban la vida en esta ciudad bucólica y hedonista, mientras la Cuba infeliz gime en cadenas. ‘Cubanos Vengadores’ enseñará a los cubanos el camino a seguir. ‘Cubanos Vengadores’...»

Estrujo el papel y lo boto. Me echo a reír. Me recuesto en una columna y miro a Francis. Ella se acerca más a mí, y hunde su hombro en mis costillas. Me toma un brazo y se lo pasa por encima del hombro. La aprieto un poco más y le doy un beso en la cabeza.

— Mi cielo —dice—. ¿Fuiste comunista alguna vez?

— Sí.

— Yo también.

Callamos. Luego dice:

— Al principio.

Recuesto la cabeza en la columna y canto en voz baja un viejo himno de los primeros años de la revolución:

«Somos las brigadas Conrado Benítez
Somos la vanguardia de la revolución»

Ella lo completa:

«Con el libro en alto, cumplimos una meta
Llevar a toda Cuba la alfabetización...»

Nos echamos a reír.

— Yo enseñé a leer a cinco campesinos –confiesa.

— ¿Sí? ¿Dónde?

En la Sierra Maestra –dice–. En un lugar que llamaban *El Roble*.

— Yo estaba cerca –digo–. Yo estaba enseñando a otros campesinos en La Plata. Tres montañas después.

— ¿Cuánto hace de eso, mi cielo?

Cierro los ojos.

— Veintidós... veintitrés años –digo.

— Nadie entiende esta historia –dice ella–. Yo se la cuento al psiquiatra y sólo me da pastillas de etrafón forte. ¿Veintitrés años, mi cielo?

Me mira con ojos cansados.

— Yo creo que estoy vacía –dice.

— Yo también.

La tomo de las manos y nos ponemos de pie. Un auto negro, convertible, pasa frente a nosotros. Un adolescente miamense saca su cabeza por la ventanilla y nos grita:

— ¡Escorial!

Le enseño el dedo más largo de mi mano. Luego aprieto la mano de Francis y empezamos a caminar de nuevo en dirección al boarding home. Tengo hambre. Quisiera comerme, al menos, una empanada de carne. Pero no hay un centavo.

— Yo tengo dos *dimes* –dice Francis, desatando un pañuelo.

— De nada sirven –digo–. Todo en este país cuesta más de veinticinco centavos.

No obstante, nos detenemos ante una cafetería llamada *La Libertaria*.

— ¿Cuánto vale esa empanada? –pregunta Francis a un dependiente viejo que parece aburrirse detrás del mostrador.

— Cincuenta centavos.

— ¡Ah!

Volvemos las espaldas. Cuando avanzamos unos pasos, el hombre nos llama.

— ¿Tienen hambre?

— Sí –respondo.

— ¿Son cubanos?

— Sí.

— ¿Marido y mujer?

— Sí.

— Entren, les voy a dar de comer.

Entramos.

— Mi nombre es Montoya –dice el hombre mientras corta dos grandes pedazos de pan y empieza a llenarlos con lascas de queso y jamón–. Yo me las he visto malas también en este país. No se lo digan a nadie, pero éste es un

país de vo ra dor. —Yo le estoy muy agradecido, pero reconozco que es de vo ra dor. ¡Yo soy Montoya! —dice de nuevo poniendo ahora dos grandes lascas de pepino entre los panes—. Soy revolucionario viejo. Yo estuve preso en todas las tiranías que Cuba ha padecido. En el año treinta y tres, en el año cincuenta y cinco y ahora, la última, bajo la hoz y el martillo.

— ¿Anarquista? —pregunto.

— Anarquista —confiesa—. Toda mi vida. Combatiendo a los yankis y a los rusos. Ahora estoy muy tranquilo.

Pone los dos panes, ya preparados, en el mostrador y nos invita a comerlos. Luego saca dos cocacolas y las pone ante nosotros.

— En el año sesenta y uno —dice, hincándose de codos en el mostrador— yo, Rafael Porto Penas, el Cojo Estrada, y el difunto Manolito Ruvalcaba, estuvimos juntos en el mismo automóvil con Fidel Castro. Yo estaba al timón. Fidel estaba sin custodios. El Cojo Estrada lo miró a los ojos con firmeza y le preguntó:

— «Fidel..., ¿tú eres comunista? Y Fidel respondió: «Caballeros, yo les juro a ustedes por mi madre que yo no soy comunista ni lo seré nunca.» ¡Fíjense qué clase de tipo!

Nos echamos a reír.

— La historia de Cuba no se ha escrito todavía —dice Montoya—. ¡El día que yo la escriba se acaba el mundo!

Sale en dirección a dos clientes que acaban de llegar, y Francis y yo aprovechamos para comernos nuestros sandwishes. Durante varios minutos comemos y bebemos en silencio. Cuando acabamos, Montoya está de nuevo ante nosotros.

— Gracias —digo.

Me tiende la mano. Luego se la da a Francis.

— ¡Váyanse a Homestead! —dice después—. Allí necesitan gente para recoger tomates y aguacates.

— Gracias —digo de nuevo—. Quizás lo hagamos.

— Salimos. Caminamos en dirección a la calle Primera. Mientras caminamos, una gran idea circunvala mi cerebro.

— Francis —digo, deteniéndome a la altura de la avenida Seis.

— Dime, mi cielo.

— Francis..., Francis... —digo, recostándome a una pared y acercándola a mí suavemente—. Se me ha ocurrido una idea magnífica.

— ¿Qué es?

— ¡Vámonos del boarding home! —digo, estrechándola contra mi pecho—. Con lo que recibimos los dos del Seguro Social podemos vivir en una casa pequeña, y hasta podríamos ganar un poco más si hacemos trabajos sencillos.

Me mira, asombrada de mi idea. El mentón y la boca comienzan a temblarle levemente.

— ¡Mi cielo! —dice emocionada—. ¿Y puedo traer a mi hijito de New Jersey?

— ¡Claro!

— ¿Y tú me ayudarás a criarlo?

— ¡Sí!

Me aprieta las manos con fuerza. Me mira con una sonrisa temblorosa. Su emoción es tanta que durante unos segundos no sabe qué decir. Entonces pierde el color del rostro. Pone los ojos en blanco, y se desvanece entre mis brazos.

— ¡Francis... Francis! —digo, levantándola del suelo. —¿Qué te pasa?

Le doy algunas palmadas en la cara. Lentamente vuelve en sí.

— Es la ilusión, mi cielo... ¡La ilusión! —dice.

Me abraza fuerte. La miro. Sus labios, sus mejillas, su rostro, todo tiembla de una manera intensa. Comienza a llorar.

— No resultará —dice—. No resultará.

— ¿Por qué?

— Porque estoy loca. Necesito tomarme todos los días cuatro pastillas de etrafón fuerte.

— Yo te las daré.

— Oigo voces —dice—. Me parece que todo el mundo habla de mí.

— Yo también —digo—. ¡Al carajo las voces!

La engarzo por la cintura. Lentamente comenzamos a caminar hacia el boarding home. Un auto moderno pasa junto a nosotros. Un sujeto de barbata rala y gafas ahumadas saca la cabeza por la ventanilla y me grita:

— ¡Bótala, chico!

Avanzamos. Mientras lo hacemos, voy planeando los pasos que daré. Mañana, día primero, llegan nuestros cheques del Seguro Social. Hablaré con Curbelo y le pediré el mío y el de Francis. Luego recogeremos las maletas, llamaré a un taxi, y nos iremos a buscar casa. Por primera vez en muchos años, un pequeño rayo de esperanza irrumpe en el enorme hueco de mi pecho vacío. Sin darme cuenta, estoy sonriendo.



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)